voluntariamente, y para ello, pagándolo por su justo precio: el tráfico no se alterará de ningún modo.

"13. Los prisioneros que estuviesen heridos no se les embarazará de manera alguna el que cuando quieran puedan trasladarse para su curación al lugar que les sea más cómodo, permaneciendo en su calidad de prisioneros.

114. Los oficiales de salud perteneciente al Ejército mexicano, podrán asistirlos si así les conviniere.

venio, se nombrarán dos comisionados, uno por cada parte, y en caso de discordia, elegirán ellos mismos un tercero.

no sea aprobado respectivamente por los Exmos. Señores generales en Jefe de cada uno de los Ejércitos, en el término de veinticuatro horas, contadas desde las seis de la mañana del 23.—
Ignacio de Mora y Villamil.—Benito Quijano.—
J. A. Quitman, Mayor general del Ejército de los Estados Unidos.—Parsifor J. Smith, Brigadier general de los Estados Unidos.

VIII

MAL EFECTO CAUSADO POR EL ARMISTICIO.—PENETRAN Á LA CAPITAB CIEN CARROS DEL ENEMIGO EN BUSCA DE VÍVERES.—TUMULTO EN LA CAPITAL.—SE NOMBRAN POR AMBAS PARTES COMISIONES PARA ARREGLAR LA PAZ.—NO PUEDE LA COMISIÓN MEXICAUA ACEPTAR LAS PROPOSICIONES DE LOS COMISIONADOS AMERICANOS.—SE ROMPEN LAS HOSTILIDADES.—BATALLAS DE MOLINO DEL REY Y CHAPULTEPEC, DE 8 Y 13 DE SEPTIEMBRE DE 1847.

Tan luego como se supo en la capital que un armisticio se había ceiebrado, la efervescencia creció de punto; el pueblo en lo general, deseaba continuar la guerra sin descanso contra el invasor, hasta arrojarlo fuera del territorio ó sucumbir con honra; pero al fin hubo de calmarse por las observaciones que las personas más sensatas y entendidas le hacían á cada momento; el armisticio, le decían, es un respiro que debemos aprovechar para la reorganización y aumento del ejército, la compostura del armamento y la construcción de municiones. Terminado lo cual ya podriamos proseguir la guerra, con algunas probabilidades de buen éxito.

Crevendo el enemigo falsamente, ó al menos aparentando creerlo, que el armisticio le autorizaba para proveerse de víveres dentro de la misma. capital, el 27 de Agosto mandó cien carros escoltados por algunos escuadrones de dragones, al centro de la capital; la excitación que esto produjo en el pueblo fué indescriptible; comenzando por mueras á los invasores y al general Santa-Anna que consideraban como traidor, acabaron por hacer caer sobre los carros y caballería que los escoltaba, una lluvia de piedras que no dejó de herir y lastimar á gran número de hombres. En vano el gobierno mexicano, que al parecer creía también que el enemigo tenía derecho de sacar víveres de la capital según el armisticio, echó más de dos mil hombres de tropas sobre el pueblo para contenerlo; esa fuerza no fué bastante ni pudo restablecer el órden. No quedó más arbitrio al destacamento de Proveeduría enemiga, que huir apresuradamente y en desórden, sin haber logrado sacar absolutamente nada.

Este incidente no dejó de producir grande irritación en el general en Jefe enemigo, que estuvo á punto de mandar abrir las hostilidades el mismo dia; mas al fin se calmó viendo que el gobierno mexicano se apresuró á mandar los víveres que necesitaba, á los diferentes campamentos que sus tropas habían establecido.

Tratóse entónces para el arreglo definitivo de la paz, de nombrar comisiones por ambas partes, para llegar á tan importantes resultados. Las comisiones nombradas abrieron sus trabajos el dia 28, reuniéndose para ello en el pueblo de Atzcapotzalco.

Las sesiones ó conferencias tuvieron lugar los dias 28 de Agosto y los 1°, 2, 3, 4 y 5 de Septiembre, mas no produjeron resultado alguno favorable á la paz, dadas las exageradas é injustas exigencias del gobierno de la Union, presentadas á la Junta, por conducto de su representante Mr. Trist

Las conferencias se rompieron y el gobierno mexicano, que no había cesado de aprovechar el tiempo para el aumento y organización de sus tropas, se preparó de nuevo á la guerra.

El motín del dia 27 dió pretesto al general Scott para dar por terminado el armisticio; así lo manifestó en comunicación oficial al gobierno de la República; participándole que iba á abrir de nuevo el curso de sus operaciones de guerra. El gobierno de México contestó de enterado por conducto del Ministerio de la Guerra.

* *

Desde el dia 6, el general Santa-Anna, en vista de los movimientos de concentración que el ejército invasor ejecutaba sobre Tacubaya y sus alrededores, calculó que su punto objetivo para forzar la línea de defensa que ceñía á la capital, era Chapultepec. Apresuróse en esa virtud á establecer una fuerte línea de batalla que cubriese al punto referido y en cuyo terreno pudieran las tres armas jugar con más ventaja. La línea se formó de la manera siguiente:

El punto de Casa Mata, ocupado por la brigada del general Francisco Pérez, compuesta de los batallones 4º Ligero y 11º de Línea, formaba la

derecha; el centro, al mando del general Simeón Ramírez, estaba formado por los batallones Fijo de México, 2º Ligero y 12º de Línea y había sido artillado por tres piezas de á 8; la izquierda, que ocupaba todas las construcciones del Molino del Rey y el acueducto adyacente, estaba guarnecida por los batallones de Guardia Nacional, Libertad. Unión, Querétaro y Mina, todos á las órdenes del general Antonio León, v en la extrema izquierda se hallaba apostado el 3er. Batallón Ligero Permanente, à las órdenes del teniente coronel Miguel María Echeagaray. A retaguardia de la línea, ya en el bosque, y constituyendo una fuerte reserva, se hallaban los batallones Granaderos de la Guardia. Activo de San Blas, Mixto de Santa-Anna y Activo de Morelia, á las órdenes del general Joaquin Rangel. Esa línea de batalla era apoyada á retaguardia de su derecha y á inmediaciones de la hacienda de los Morales, por un magnífico cuerpo de 3,000 caballos, á las órdenes del general D. Juan Alvarez.

El general Santa-Anna se reservó el mando en Jefe de estas tropas y no tuvo la precaución de nombrar ni dar á reconocer á jefe alguno, como su segundo; y cuando, después de establecida la línea de batalla la recorrió para revisarla, las tropas todas lo victoreaban, llenas del más ardoroso entusiasmo, y en el aspecto de aquellos veteranos, se leía tanto el ardiente deseo de venir cuanto antes á las manos con los enemigos de la patria, como la fé que tenían en su próxima victoria. Era que el patriotismo había levantado su

moral.

El enemigo, entre tanto, hacía falsas demostraciones en dirección de la Garita de San Antonio Abad, que engañaron plenamente á nuestro iluso general, v el dia 7 mandó retirar violentamente de nuestra línea de batalla la mayor parte de los cuerpos, para llevarlos al punto amenazado, dejando tan sólo en ella al 4º Lijero, IIº de Linea, Fijo de México. 2º Lijero, 1º y 12º de Linea y al 3º Lijero cuyas fuerzas mermadas en su mayor parte por los anteriores combates, llegaban apénas al número de 4.000 hombres; sin embargo, la caba-Ilería permaneció en su puesto, apoyando siempre á la derecha.

El general en Jefe americano que sabía perfec tamente que en Casa Mata había una considerable existencia de municiones y que en el Molino del Rey estaba establecida la fundición de cañones, con todos sus anexos, proyectó tomar á todo trance aquellos puntos, que además de las ventajas que su adquisición le proporcionaban, servían de eficaz apoyo para un ataque decisivo sobre Chapultepec. En consecuencia, ordenó al general Worth que con toda la división de su mando, reforzada con tres escuadrones de dragones y el regimiento de rifleros á caballo y con la brigada Cadwalader, perteneciente á la 3ª división y compuesta de tres regimientos de cazadores, el 110 y 14º de Infanteria, atacase el dia 8 al amanecer la referida posición mexicana. En esta virtud, desde el dia 7, parte de las tropas destinadas al ataque se dedicaron á practicar los más minuciosos reconocimientos; mas no pudieron avanzar como hu-

bieran deseado, pues apénas á la vista v al tiro eficaz de nuestras líneas, fueron rechazadas con graves pérdidas, esencialmente por el 3º Lijero Permanente, apostado en la dirección que los reconccimientos traían. El general Santa-Anna lle. gó en la noche y dió personalmente la órden de replegarse á Chapultepec al Teniente Coronel Echeagaray con el cuerpo de su mando. En vano este valiente jefe le demostró la seguridad de un ataque para el dia siguiente, suplicándole le dejara en su puesto y haciéndole notar, que tanto para el alcance de las armas portátiles como para el de los cañones, se habían establecido señales en el terreno, que darían más eficacia á los fuegos; el General no escuchó aquellas juiciosas observaciones, haciendo entender que se le obedeciese en el acto; y previno á Echeagaray bajara de Chapultepec con su cuerpo y se dirigiese á su antigua posición del Molino del Rey, tan luego como escuchara del corneta de la línea los primeros puntos del toque de diana. En seguida se retiró á México, sin dar á reconocer en la línea de batalla á un jefe que tomara el mando durante su ausencia.

* *

Como se vé, ya en estos momentos era sumamente desfavorable para las fuerzas mexicanas el próximo combate. No había jefe reconocido en aquella débil y desartillada línea; plan de defensa á nadie se había comunicado, y las pocas tropas que quedaban expuestas á recibir el rudo ataque de un valiente ejército, muy bien organizado, perfectamente armado, ámpliamente abastecido de

municiones de todas clases, y sobre todo, mejor dirigido que el nuestro, sólo debian atenerse al azar. Además, v como ya lo hemos dicho, nuestras armas portátiles eran sumamente imperfectas. de diferentes calibres, casi desprovistas de bavonetas y gran parte de ellas sin abrazaderas ni pasadores, cuvos cañones eran adheridos á las cajas por simples amarres de cuerda ó de correa: nuestros cañones, de calibres irregulares y de ánimas tan imperfectas que al disparar corrian sus sirvientes tanto riesgo como al recibir los proyectiles enemigos. Hubo, en efecto, casos en el transcurso de la desgraciada campaña de 1847, en que al disparar un cañón, estallaba dejando fuera de combate á todo el pelotón de artilleros. ¿Y el enemigo qué clase de armamento tenía? Magníficos rifles de precisión, fusiles de percusión de 15 adarmes. cuyos cartuchos, además de la bala, llevaban tres gruesas postas, que al extenderse en medio de nuestras filas, ponían otros tantos hombres fuera de combate; cañones que arrojaban provectiles á la Paixant, los cuales sembraban con profusión la muerte en donde estallaban. Además, cohetes á la Congrey, que aunque de poco efecto, cooperaban, por su espantoso fragor, á sembrar el terror en las filas que los recibían.

El cuerpo de ejército americano destinado á aquella función de armas, tomó sus posiciones de combate con el mayor sigilo y silencio en la madrugada oscura del dia 8. La brigada Cadwalader desplegó en batalla á tiro de cañón y frente á la izquierda de la posición mexicana. Su objeto principal era apoyar el ataque de las columnas que debían dirigirse contra el centro de la línea mexica-

na; neutralizar la extrema izquierda de dicha línea é impedir todo socorro que pudiera venirnos por el bosque procedente de Chapultepec. Toda la división Worth desplegó en el centro paralelamente á nuestra línea y protegida por 11 bocas de fuego, entre las que se encontraban dos bomberos de á 24.

Esta mala colocación de su artillería y la no menos imperfecta de los mexicanos, hace ver claramente que tanto los jefes americanos como los nuestros eran en aquella época poco conocedores de los verdaderos principios de la guerra, puesto que descuidaban establecer sus cañones de prefeotrencia en los flancos.

Un batallón de cazadores y toda la caballea,ír formaban la izquierda de la línea americana, designando sobre el terreno un martillo defensivo con el frente á la izquierda, que sin presentar el flanco á nuestra línea de batalla, quedaba como de observación sobre nuestra caballería. Algo más de 4,000 hombres contaban aquellas tropas que acababan de entrar en línea, y como se ve, su jefe cometió la falta de no haberse procurado una buena reserva en segunda línea.

* *

Al despuntar el alba, tronaron las baterías americanas y después de una preparación de pocos minutos, otra nueva falta, una gruesa columna, desprendiéndose del centro de la línea americana, y cubierta por una densa línea de tiradores, al compás desus pitos y tambores, acompañados de entusiastas hurras, se lanzaba intrépidamente al

ataque sobre el centro de la línea mexicana; ésta, serena y tranquila y saludándola con entusiastas gritos de ¡Viva México! la dejó acercar á buena distancia y descargando sobre ella una lluvia de bronce y de plomo, la hizo vacilar, paralizar su ataque, açlarar sus filas, abatir y relevar su bandera varias veces; pero pasados algunos momentos, aquella valiente tropa, aunque en medio de repetidas ondulaciones y desbaratando su órden de columna, prosiguió su marcha hasta ponerse á 200 pasos de nuestra línea, desplegó, hizo que la espesa nube de tiradores que la cubría se cargasen á derecha é izquierda y rompió un fuego tan mortífero como el que recibía. El fuego de nuestra línea se d bilitaba, nuestros bravos soldados se encontraban con cartuchos de calibre mayor al de sus armas, y desesperados esculcaban los cadáveres de sus compañeros y hasta á los mismos heridos, en busca de municiones útiles. El dios de la Victoria se balanceaba indeciso entrambos campos, y ya se aprestaban los mexicanos á cargar á la bayoneta sobre aquella brava pero mermadísima columna, cuando el grueso de la división Worth, al compás de ruidosísimos hurras, entró en línea. El ataque recibió nuevo impulso, nuestras tropas del centro se vieron obligadas á retroceder y las únis cas tres piezas que sin sostén alguno teníamos en aquel punto en batería, cayeron en poder del enemigo, y con mucha razón, pues desde la víspera quedaron sin sostén alguno, y bajo el pretesto de llevar los ganados á senar hasta México, se llevaron también los avantrenes, por lo cual era imposible que aquellas piezas hubieran podido emprender la retirada. Cayeron, pues, sin que uno sólo de sus heróicos artilleros diera un paso atrás, todos quedaron en el suelo alrededor de sus cañones, como las más brillantes flores del campo de batalla. Entre tanto, los fuegos de Casa Mata y el Molino del Rey que se cruzaban sobre las masas victoriosas, aunque desordenadas, del enemigo, las diezmaban desapiadadamente; el campo estaba materialmento cubierto de cadáveres, la mayor parte de los jefes habían sucumbido, los pabellones estrellados saludaban con frecuencia á nuestras banderas, cayendo hasta á tierra, y la falta de oficiales, la falta de unidad de mando y el desorden consiguiente, llevaron la confusión hasta el grado de que, inconscientemente é inpulsados por el principio de conservación y sin órdenes adecuadas, aquella masa devalientes nició un movimiento retrógrado. También en nuestra linea se había determinado ya el elemento desmoralizador; pero allí estaba el valiente Teniente Coronel Miguel María Echeagaray, allí el bravo 3er. Ligero, cuyos veteranos encanecidos en las batallas se habían distinguido en el asalto del Alamo, en San Jacinto, en Palo Alto, la Resaca, Monterrey, la Angostura y otros sangrientos campos de batalla. Este cuerpo, al mando de su jefe, que no había esperado la señal del toque de diana, que nunca se le dió, marchó al paso veloz al escuchar el ruido del cañón, al lugar que la vís pera ocupaba en la línea de batalla. Dicho cuerpo no había cejado, veía con indiferencia á sus compañeros de otros batallones que se desbandaban á retaguardía, y animado por su intrépido jefe, armó la bayoneta, vitoreó á México y al grito de já ellos! cargó resueltamente sobre sus todavía numerosos contrarios; nuestros veteranos les alcanzaron pron-

tamente, cruzaron la bayoneta y el más mortífero combate se empeño entre ambas fuerzas beligerantes. No se escuchaba en esos momentos detonación alguna, y sólo el crujir de los aceros, los ayes de los heridos, las imprecaciones de los vencidos y los gritos de victoria de los veteranos del 3er. Ligero. El enemigo cedió el terreuo, dejó en poder de los vencedores las tres piezas que había tomado y se retiraba en medio del más espantoso desórden sin dejar de ser perseguido con increíble tenacidad por nuestros soldados, llevando su heroicidad hasta la imprudencia, puesto que penetraron casi hasta el centro de la posición enemiga.

El General en jefe americano que veía que su derrota era inminente si todas las tropas mexicanas después de rehacerse volvían al combate en auxilio de aquel puñado de valientes, se apresuró á impedirlo: dictó con la mayor rapidez sus órdenes y á un tiempo y por todas partes cayeron fuerzas considerables sobre el intrépido 3er. Ligero; obligado se vió á retroceder este cuerpo, pero paso á paso y cediendo cada pulgada de terreno en cambio de mucha sangre del enemigo. El resto de nuestras tropas entre tanto, había logrado rehacerse en su mayor parte á las enérgicas instancias de los heróicos jefes León y Balderas, los que, lánzandose al socorro del 3º., protegieron su retirada y presentaron un nuevo combate.

¿Qué hacía entre tanto nuestra brillante caballería? Los generales Alvarez y Andrade que eran sus jefes principales, permanecían impasibles ante aquella catástrofe que ponía en peligro el honor de las armas nacionales, cuando si hubieran cumplido con su deber cargando en el momento que lo hizo el 3º, hubieran completado la más espléndida de las victorias..... ¿Y qué pretestaban esos jefes indignos de su categoría para no cumplir con los deberes que su patria, en primer lugar, y su grado en segundo, les imponían? Que no tenían órdenes, que el terreno no era á propósito, que la artillería enemiga los contenía y otras especiotas de esa naturaleza que debían haberlos llevado ante un consejo de guerra.

En circunstancias tan críticas para el ejército americano, su jefe no se había descuidado; estaba muy léjos de parecerse á nuestro posterior Alteza Serenisima, y de antemano, desde antes que las operaciones del ataque comenzaran, numerosas tropas se movian de San Angel, Mixcoac, Covoacán, en dirección del campo de batalla. Así, pues, cuando el combate estaba neutralizado y cuando parecía la victoria sonreirnos por segunda vez comienzan á entrar en línea aquellas masas imponentes. El Gral. Worth, celoso de su reputación, que en esa batalla estuvo muchas veces en peligro y viéndose, por otra parte, apoyado de tan cerca por las numerosas reservas que Scott le enviaba con tanta oportunidad, determinó un ataque paralelo, otra grave falta, cargando á un tiempo todas sus fuerzas y todos sus cañones sobre Casa-Mata, el centro v el Molino del Rey. Es cierto que las numerosas reservas llegadas no entraron en la línea de combate más que con el fuego de sus baterías que se apresuraron á establecerse convenientemte, pero todo militar comprende el efecto moral que su presencia debe haber producido en las fuerzas mexicanas, que desde el principio de la batalla carecían de General, de artiliería, v de una importante reserva tan indispensable para coronar el buen éxito de las operaciones de la guerra. Con todo, Balderas, León, Echeagaray, que después de tomada Casa-Mata y el Molino del Rey se veían envueltos por todas partes, hacían esfuerzos desesperados para contener á sus soldados contra semejante torrente de enemigos; los dos primeros sucumbieron gloriosamente por salvar á su patria en aquellos terribles momentos, y el tercero logró retirarse con el corto puñado de valientes que le sobraba, abriéndose paso, batiéndose sin cesar, salvando su bandera, y con ella el honor del ejército.

La batalla se perdió, pero la historia inflexible sabrá glorificar á los valientes que en ella sucumbieron y arrojar un terrible anatema sobre el torpe

jefe que los mandaha.

Allí murieron los coroneles Gregorio Gelati y Mendez Aguayo, el comandante Manuel Vazquez, los capitanes Gervasio Cárdenas, José María Olvera, Tiburcio Gonzalez y Manuel Varela; los tenientes Juán Delgadillo, Rafael Sanchez, Manuel Ibañez Enríquez, José María Uribe, Mariano Martínez, Miguel García y Francisco Hernández: y los subtenientes Suazo, Julio Acosta, Macario Macías, Luis Martínez y Luis Arriaga; pero viven en el Escalafón del Ejército para servir de estímulo, y de grande ejemplo á nuestros militares, y la patria agradecida los ha inscrito ya con letras de oro en la inmortalidad.

Fueron heridos el teniente coronel Tenorio, el

subteniente Alejandro Argándar y á otros muchos.

¡Gloria y honor á esos valientes que han sabido derramar su sangre en los campos de batalla, y en defensa de la santa independencia y de los derechos patrios.

* *

Los comentarios que se desprenden del hecho de armas que acabamos de referir, no honran al punto de vista militar, ni al general Worth ni al general Santa-Anna; ambos cometieron errores injustificables, dado el siglo en que vivían, en que hasta los niños estaban al tanto de los grandes progresos que en el arte de la guerra se habían efectuado, iniciado por Federico II y proseguidos con brillo por Napoleón I. Siguiendo nosotros los mismos principios de la ciencia, y amparados con el escudo de la más extricta imparcialidad, nos atreveremos á expresar que Scott fué ménos torpe que Santa-Anna, y que si aquel creyó, equivocándose redondamente, que la llave de la posición militar, constituida por la ciudad de México, era Chapultepec, en cambio el segundo se dejó engañar por falsas demostraciones, entregó sus tropas al azar, dejándolas algunas veces sin objetivo determinado; dejándose llevar con frecuencia como en Padierna, de pasiones de partido y rivalidades de mal género, sacrificando á su amor propio los sagrados intereses de la patria.

Al consignar la fecha indeleble que la historia mexicana registra en sus anales, nos abstendremos de describir todos los detalles de una batalla y los horrores de un asalto; tampoco nos ocuparemos candorosamente de celebrar el triunfo de nuestros enemigos, debido sólo á la torpeza de un comandante en jefe y á la vacilación y cobardía de otros altos personajes de la gerarquía militar; á este respecto ya hemos expresado nuestra pobre opinión, justificándola plenamente con los hechos; trataremos ahora de una de las más gloriosas epopeyas de la historia nacional.

La Grecia puso en línea contra las altas torres y espesos muros de Troya á sus aguerridas falanges, mandadas por los más grandes de sus héroes, con el fin de vengar los ultrajes inferidos á uno de los reyes de su raza, y el sublime poeta ciego, cuyos cantos nos enagenan todavía, llevó la fama de las hazañas de aquellos héroes hasta las más elevadas cimas de la inmortalidad. La gran República de Roma deificó á Horacio Coclés, porque en los momentos más críticos para la patria, él solo, cubierto con su escudo y empuñando su terrible espada, afrontó á la entrada de un puente el empuje del victorioso ejército de las Galias; sin perjuicio de que más tarde, y por haber atentado á la libertad, le arrojó de la roca Tarpeya. Cartago, terrible rival de Roma dominadora, y que sin el genio y las heroicidades de Scipión hubiera sustituido su propia gloria á la del gran pueblo rey, moduló su último canto como el cisne, ensalzando al patriotismo de sus vírgenes, que al frente de las aguerridas legiones que las sitiaban, supieron desprenderse de sus hermosas guedejas, cediéndolas al ejército de su defensa para construir las cuerdas de las máquinas de guerra. También los bardos de Sagunto, y los del mundo entero, inmortalizaron sus liras, cantando la heroicidad de las hijas de aquel pueblo indomable, que al lado de sus padres ó de sus esposos, cuando los veían caer cubiertos de sangre en medio de los mortíferos combates, recogían y empuñaban sus armas para morir á su vez, pero después de hacer morder el polvo á muchos de sus implacables enemigos.

Todo esto es heróico y sublime; todos son grandes ejemplos que la historia nos presenta, circuidos con la luz de la inmortalidad.

También México tiene sus hermosas epope vas; también nuestro suelo ha sido pródigo para hacer brotar las aromáticas flores de la inmortas lidad y nuestros más ilustres poetas, Quintana Roo, Sánchez de Tagle, Fernando Calderon, Rodríguez Galván, Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, Ignacio M Altamirano y otros muchos, han hecho de todas ellas preciosas guirnaldas, que conservando su aroma y su frescura hasta las más remotas generaciones, servirán para mantener siempre vivo el amor á la patria. Tal es la triste pero gloriosísima jornada de 13 de Septiembre de 1847. Los poetas la han cantado ya, tócame á mí describirla hoy con los rudos acen tos del soldado; presentando al mundo los heróicos jóvenes, que apenas salidos de la adolescencia, sin la fuerza necesaria para sostener en sus manos juveniles el pesado fusil, enseñaron á

las presentes y futuras generaciones, cómo se combate con gloria y cómo se muere por la patria; jóvenes que al principiar la carrera azarosa de las armas, penetraron al instante, alegres, gozosos y entusiastas, al templo de la inmortalidad.

Después de la sangrienta batalla del Molino del Rey, el General en Jefe del Ejército Norte-Americano desocupó esa posición, replegando sus tropas á Tacubaya, haciendo así estériles las enormes pérdidas que había sufrido, tanto en hombres como en municiones, para la adquisición de la llave de Chapultepec, dando así á conocer alguna ineptitud y su ningún genio para las operaciones de la guerra; pero el General Santa-Anna no dió menores pruebas de su poca pericia militar; debiendo haber ocupado inmediatamente dichos edificios, no le ocurrió hacerlo y los dejó en situación de volver á ser ocupados por el enemigo cuando quisiera.

Los puntos objetivos nuevamente escogidos por el General americano, fueron las garitas de San Antonio Abad, Niño Perdido y la Piedad; en consecuencia, desde el día 10, numerosas tropas se dirigieron á tomar posiciones á tiro de cañón de dichos puntos, y desde luego comenzaron los reconocimientos respectivos.

La situación estratégica del Ejército Americano en aquellos momentos, era deplorable, puesto que se hallaba diseminado por San Angel, Mixcoac, Coyoacán y Tacubaya, manteniendo fuertes destacamentos sobre las garitas mencionadas. Si en aquellos momentos hubiera el General Santa-Anna tomado resueltamente la ofensiva y atacado simultáneamente por el lado de Tacubaya y por la garita de San Antonio Abad, con las fuerzas superiores de que todavía podía disponer, hubiera introducido indudablemente el desconcierto, el desorden y la confusión en aquellas masas desligadas, batiéndolas en detall, lo que probablemente hubiera reportado una espléndida y completa victoria á las armas nacionales; pero no fué así, y estaba escrito que el General de triste memoria había de concretarse siempre á la más absoluta defensiva.

Mal hechos los reconocimientos practicados, indujeron al General americano á cambiar por completo su plan de ataque, y sin dejar de llamar la atención por el lado de las citadas garitas para engañar al General Santa Anna sobre la verdadera dirección del ataque, hizo que sus tropas la noche del 10, ejecutasen un movimiento de concentración á Tacubaya, y decidió tomar á Chapultepec como verdadero punto objetivo. El día 11 se reocupo nuevamente el Molino del Rey y sus alrededores y comenzaron los trabajos de fortificación para el establecimiento de las baterías destinadas á bombardear á Chapultepec, así como para protejer el avance de las columnas á la hora de los asaltos. Dichas baterías se establecieron unas á la salida de Tacubaya cerca de la

teatro del combate en la batalla el día 8. Como se vé, dichas baterías iban á cruzar sus fuegos sobre el edificio de Chapultepec.

Hacienda de la Condesa y otras en las lomas

que están frente al Molino del Rey y que fueron

Desde la tarde del mismo día, las tropas americanas comenzaron á tomar posiciones cerca de las baterías mencionadas; la división del Mayor

General Pilow, apoyada por todas las fuerzas de la división del General Worth, partiendo de los molinos y penetrando al bosque, debían atacar á Chapultepe: por su parte occidental; la división Quitman reforzada con la brigada Smith, perteneciente á la división Twiggs y procedentes de Tacubaya, debía concurrir simultáneamente al ataque sobre la parte Sur; pero estando las tropas demasiado quebrantadas por los anteriores comsbates y queriendo su General allanarles las dificultades hasta donde le fuera posible, determinó bombardear el edificio y el bosque, para que sembrando el terror entre el corto número de sus defensores, la resistencia fuera débil ó casi nula.

El ilustre General D. Nicolás Bravo, distinguido patriota y viejo soldado de nuestra primera Independencia, era el Comandante militar de Chapultepec, teniendo como su segundo al General D. Nicolás Saldaña. Ya desde el día 9, y calculando con acierto que el ataque definitivo sería sobre Chapultepec, el General Bravo había trabajado sin descanso en poner el punto en estado de defensa; al efecto, se había establecido una cortadura con parapeto en el bosque hácia la parte occidental del cerro y entre éste y el Molino del Rey; una flecha en la glorieta que había en el ángulo formado por las dos rampas que conducían al edificio; en la parte alta y al rededor del Colegio Militar, se habían establecido blindajes, cuya imperfección se conoció después en los momentos del bombardeo; se reforzó, además, la batería que se hallaba establecida en el caballero alto, y al frente de ésta, en el declive del cerro, se pusieron tres minas que debían estallar